

ZAKAR|Y} ' T} MIR, ONCE AÑOS DESPUÉS

Por
MARCELINO VILLEGAS

El inquietante pero quizá imprescindible silencio que el narrador sirio Zakar| y~' T~mir (Damasco 1931) mantenía desde la publicación de *an-Numâr fšl-yawm al-~šir (D~r al-~d~b*, Beirut), en enero de 1978, se rompió a finales del año pasado, con la publicación, en el número 5 de *an-N~qid*, revista árabe que aparece en Londres, de un cuento que ha resultado ser el primero de una serie que lleva por título *Q~la l-malik li-wazšhi* (1). En los números correspondientes a los cuatro primeros meses de 1989 han aparecido otros tantos relatos de T~mir, siempre de una hoja (aunque no siempre de igual extensión, oscilan de dos a tres folios) y siempre en la misma página, la 82.

Los cuentos de la serie *Q~la l-malik li-wazšhi* son exclusiva o principalmente dialogados y se insertan en la línea de relato político que Zakarš y~' T~mir inició hacia 1970; el pretexto y la forma pertenecen a una venerable tradición de la literatura árabe (los textos se inician con una pregunta del rey a su consejero; consejero y rey se disfrazan y salen a la calle para poder ser testigos de la vida de los súbditos; como en *Calila y Dimna*; como en *Las 1001 noches*) (2). Lo que resulta son obras de forma austera y tono adusto, donde no tiene lugar el Zakarš y~' T~mir lírico y visionario. Hay razón para ello, porque *Q~la l-malik li-wazšhi* no explora los deseos de los que no tienen, sino los privilegios de los que tienen. A lo sumo puede darse, como en «at-Ta'wš» (n.º 7, enero de 1989), un lirismo de plumífero vendido, que se encarga de que el tirano siempre tenga razón:

(1) En su entrega del 29-10-1988, p. 7, *al-~Alam af-taq-fš* de Rabat, dio noticia de la publicación del primer cuento de la serie, con una cita de 10 líneas.

(2) «Nis~' wa rí al» (n.º 9, marzo de 1989) contiene una inquietante transformación del cuento inicial de *Las 1001 noches*: «Aparecerá un rey del carácter extraño, a quien no le gustarán el cordero, del pollo ni el pescado, pero que adorará la carne de mujer. Se casará con una cada día y se la comerá en la cena. Hasta que lo haga con una que adorará la carne de hombre, que se le comerá a él».

«Los sueños de los reyes son los reyes de los sueños».

O también un lirismo de lo auténtico, que el consejero y el rey se encargan de pervertir:

— ¿Para qué sirve el sol?, preguntó el rey a su ministro.

— Si no hubiera sol, respondió el ministro, no habría diferencia entre el día y la noche y la gente no sabría la hora de salir corriendo a trabajar.

— ¿Y la lluvia?

— Si no hubiera lluvia los fabricantes de paraguas perecerían de hambre y el país quedaría privado de una industria de rancio abolengo que es gloria de las naciones.

— ¿Y los árboles?

— Un árbol es sombrilla en verano, paraguas en invierno y está gratuitamente a disposición de los pobres (3).

— ¿Y el pan?

— El pan tiene incontables utilidades.

— Dime cuáles.

Y el ministro se explayó sobre el tema de la función del hambre en la formación de súbditos dóciles».

(«Qaws Qazah», n.º 8, febrero de 1989).

Los planteamientos son universales, aunque enraizados en la situación local. Por ser universales tienen eco no sólo en la realidad árabe, sino en la de cualquier país con tradición autoritaria y oligárquica. La denuncia del nepotismo que contiene «al-^c’ila» (4) (n.º 10, abril de 1989) coincide con las que en tiempos de realismo hicieron escritores como *Ḍā n-Nān Ayyāb* (1908) o Naí *Ḍ Mahfāz* (1911). Por no decir Galdós y toda una noble tradición de la novela española.

Los cuentos aparecidos hasta hoy en la serie *Q-la l-malik li-wazḡhi* son menos gratos y brillantes que los que han cimentado la fama de Zakarḡ~’ T~mir. Todo en el que cerraba *an-Numār fḡ-yawm al-^c~sir* «Mug~maratḡ l-ajḡa», hacía presagiar una retirada que, sin embargo, ha sido sólo un tiempo de reflexión excepcionalmente largo, del que T~mir ha salido con un programa de cuentos que «hay que escribir» y un lenguaje simple, franco, penetrante y difícil de asimilar. El Zakarḡ~’ T~mir de estos nuevos cuentos parece convaleciente: no es convicción lo que le falta, es energía. La energía irreverente de otros tiempos ha dejado lugar a la gravedad adusta y un tanto acongojada de quien sabe que escribe para ciudadanos «que no protestan ni reclaman sus derechos» y que tienen que sufrir que «los recaudadores de impuestos les cobren el consumo de sol».

(3) «Los árboles son niños de madera con hermosas cabezas verdes», dice T~mir en «at-Ṭifl wa-l-matar» (Col. al-Mustaqbal li-atf-l, n.º 15, *Dar al-fatā l-arabḡ* Beirut 1975, p. 1), Versión española en *El día que no es hoy* (IHAC, Madrid, 1978, p. 153).

(4) T~mir incluyó en *Dimaḡq al-ḡar~ iq* (Ittiḡ-d al-kult-b al-^carab, Damasco 1973, pp. 267-270) un cuento de igual título, pero muy diferente a éste.